

queño arreglo en el despacho... ¡Válgame Dios si la señora lo hubiera dicho!...

Pero la cesta de la basura, estaba vacía. Juana había ido á vaciarla en aquel instante. Viendo la inquietud de Luisa, preguntó:

—¿Ha perdido algo la señora?

—Un papel—dijo Luisa, que miraba en derredor por el suelo muy pálida.

—¿Eran unos papeles arrugados, señorita?—dijo la criada.

—¿Los ha echado en la cesta?

—Podría haberse caído alguno por ahí fuera, señora Juana,—exclamó tímidamente Juliana.

—Vaya, vaya á ver, Juana,—añadió Luisa con alguna esperanza.

Juliana, parecía afligida:

—¡Jesús! ¡Señor! ¡si hubiera podido adivinarlo! ¿Por qué no lo ha dicho la señora?

—Bien, bien; no es culpa tuya, mujer.

—Creo que hasta se me va á poner el estómago malo. ¿Era una cosa de importancia, señora?

—No, era una cuenta.

—¡Válgame Dios!

Juana volvió sacudiendo un papel arrugado.

Luisa leyó: "... el diámetro del primer pozo de exploración...

—No, no es esto,—exclamó contrariada.

—Entonces, es que le hemos echado nosotras al caño, señora.

—No hay nada más que registrar bien.

—Lo he rebuscado todo perfectamente.

Y Juliana añadió desolada:

—Antes quisiera perder dos monedas de plata. ¡Si yo lo hubiese podido adivinar!

—Juana, Juana,—murmuró Luisa, apareciendo tranquila.

Pero estaba asustada, sentía una angustia infinita. Acordóse de la carta que había escrito la víspera á Basilio, y que puso toda arrugada en el bolsillo del vestido. Entró en el cuarto agitada. Doña Felicidad se había quitado el sombrero y se acomodaba en el confidente.

—Me dispensarás esta ausencia,—dijo.

—Anda, anda, hija. ¿Qué es eso?

—He perdido una cuenta—añadió.

Fué al guardarropa; halló la cartita en el bolsillo. Aquello la serenó. De seguro que la otra cartita había ido á parar á la espuerta de la basura. Pero ¡qué imprudencia la suya!

—Bien; esto se acabó,—dijo, sentándose resignada.

Y doña Felicidad inmediatamente, bajando la voz en tono confidencial, exclamó:

—Ahora venía á hablarte de una cosa. Es un secreto.

Luisa se sobresaltó mucho.

—Dicen que en tierra de Tuy hay una mujer que tiene una virtud para hacer casamientos, verdaderamente milagrosa. Que no hay más allá; en echando las cartas á un hombre, el hombre concibe por la mujer una pasión tan grande, que en seguida se arregla el casamiento, y sobreviene la mayor felicidad.

Luisa tranquilizada, sonrió.

—Escucha, no empieces ya con tus cosas ordinarias.

En el tono grave de doña Felicidad, había un respeto supersticioso.

—Ha hecho milagros. En cuanto una mujer posee aquel encanto comunicado por esta extraordinaria maga, los hombres comienzan á entristecerse, á



apasionarse, á estar locos de amor. Me lo ha contado el criado, y he pensado en seguida...

—¿Emplear ese recurso mágico con el Consejero?  
—exclamó Luisa.

—¿Qué te parece?

Luisa dió una gran carcajada; pero doña Felicidad casi se escandalizaba.

—Entre otros casos, un hidalgo que deshonró á una lavandera, y un hombre que abandonó á su mujer y á sus hijos y huyó con una prostituta, en todos estos casos, aquella virtud mágica había obrado de un modo fulminante, produciendo un amor súbito y fogoso por las personas despreciadas. Aparecían luego rendidos, estaban buscando la ocasión de ver al objeto que tanto ansiaban. Si estaban lejos, volvían rápidos, ansiosos de encontrarla, á pie y á caballo, en diligencia, fatigados y ardientes, y se entregaban mansos y humildes como esclavos sometidos. Pero para ir á su tierra y hablar á esa mujer es preciso llevar el retrato del Consejero; es necesario buscar el retrato de él; es necesario el mío; ir, hablar y volver; y por esto pide siete monedas.

—¡Oh, doña Felicidad!—dijo Luisa repentinamente.

—No me digas, no empieces tú con tus cosas. ¡Ojalá que sea yo uno de estos casos!

E irguiéndose:

—Pero esas siete monedas... ¡Siete monedas!—exclamó, abriendo mucho los ojos.

Juliana bajito con una sonrisa dijo.

—¿La señora hace el favor?

La llamó hacia el corredor.

—Esta carta que viene del Hotel.

—Bueno mujer; pero no es preciso hacer ese misterio.

No entró en el cuarto sin embargo. Abrió el sobre; estaba escrito el papel con lapiz y deprisa.

“Amor mío—decía Basilio.—Por un feliz acaso he descubierto lo que necesitábamos; un nido discreto para vernos (é indicaba la calle y el número) el *Paraiso* más seguro. ¿Cuándo vienes amor mío? Ven mañana. He bautizado esta casa con el nombre de *Paraiso*. Para mi adorada mía, es en efecto un *Paraiso*. Te espero desde el mediodía.”

Aquella precipitación la halagó. El nido, probando una pasión impaciente, exclusivamente ocupada de ella le producía una dulce dilatación de orgullo, al mismo tiempo que aquel *Paraiso*, descrito como en una novela, le daba esperanzas de una excecional felicidad. Todas sus inquietudes, surtas de la carta perdida se disiparon de repente como copos de nieve bajo el sol que sale.

Volvió al cuarto con tranquilidad completa.

—¿Qué te parece?—preguntó doña Felicidad á quién su idea preocupaba tiránicamente.—¿Crees que debo mandar ese hombre á Tuy?

Luisa encogióse de hombros. La severidad poética de su intriga romántica hallaba repugnante aquel sentimentalismo senil.

—¡Tonterías!—dijo con desdén.

—¡Oh! hija, no me digas eso—repuso desolada doña Felicidad.

—Bien, entonces mándele—dijo impaciente Luisa.

—¡Pero esas siete monedas!—murmuró doña Felicidad casi llorosa...

—Por un marido me parece barato.

—¿Y si las cartas engañan?

—Entonces es caro.

Doña Felicidad exhaló un largo ¡ay! Era muy in-



feliz. Aquella duda entre los impulsos del corazón y las prudencias de la economía la martirizaban. Luisa tuvo pena de ella y sacudiendo su vestido del guardar ropa:

—Déjalo, hija — exclamó. — No han de ser necesarias esas brujerías.

Doña Felicidad elevó los ojos al cielo.

—¿Vas á salir?— preguntó melancólicamente.

Propuso á Luisa entonces que fuese con ella á la casa de salud de la Encarnación; visitarían á Silveira que tenía un forúnculo y verían los preparativos para la iglesia.

Luisa aceptó.

—Tengo deseos, ganas de ir á rezar una estacioncita para aliviarme por dentro—dijo suspirando.

Se vistió muy de prisa.

—¿Qué le parece mi sombrero nuevo?—dijo enseñándole uno de paja guarnecido de *miosotis*.

—¡Oh! Basilio te ha de encontrar muy guapa con él,—dijo doña Felicidad.

Citándosele sin motivo, acometió á Luisa un raptó de felicidad exuberante. Todo lo halló delicioso. Salir, ir á la Encarnación, pensar en su amante y como si flotase en el aire, andaba de una parte á otra, sin sentir siquiera el paso de su propia persona. ¿Dónde había dejado sus llaves? Las necesitaba para sacar una cosa precisa. ¿En la cómoda? Tal vez. Fué á ver. Salió corriendo, cantando:

*Amici la notte é bella  
la ra. la ra.*

Casi tropezó con Juliana que barría el comedor.

—No deje de planchar mi saya bordada para mañana Juliana.

—Si señorita, ya está almidonada.

Y siguiéndola con una mirada feroz.—Canta piorrinha, canta maldita, canta mala mujer—y tocada súbitamente de júbilo dió varias escobadas rápidas cantando con su voz áspera.

*Pasado mañana toma la campaña*

*Por aquí se dice...*

*Si fuera verdad*

*Si esto no es patraña,*

Y con una entonación enfática añadió:

*Seré bien feliz*



Al otro día á las dos de la tarde, Sebastián contó su escena con Luisa á Julián paseando por San Pedro de Alcántara y cómo desde entonces su estimación por ella había crecido. Al principio ella se había enfadado, sí.

Pero tuvo razón. Así, de sorpresa, fué un disparate.

Después la pobrecita reflexionó, mostróse muy disgustada, toda ceiosa de su pudor. Le pidió consejos con lágrimas en los ojos.



—Yo he pensado luego que era lo mejor hablarle al primo. Decirle lo que sucede. ¿Qué te parece?

—Sí,—dijo—Julián.

Había escuchado distraído, chupando la punta de su cigarro. Su rostro parecía aún más sombrío que de ordinario.

—¿Juzgas que he hecho bien? dime, créeme que es una señora de bien en toda la extensión de la palabra, Julián.

Continuaron callados. El día estaba nublado con aire de tempestad. Gruesas nubes ennegrecían el horizonte por el lado de Grasa; detrás de las colinas pasaba el viento agitando las hojas de los árboles.

—De manera que ahora estás convencido. ¿No te parece?—resumió Sebastián.

Julián se encogió de hombros dibujando sus labios triste sonrisa.

—¡Quién me diera tus cuidados!—dijo y habló entonces con amargura de sus preocupaciones.

Dentro de una semana se abriría el concurso para una plaza de sustituto de la Escuela y se preparaba para ella. Era su tabla de salvación, si consiguiera aquel cargo, ganaría nombre y clientela para poder vivir. Tal vez la fortuna y ¡qué demonio! siempre era estar dentro. Pero la certeza de su superioridad no le tranquilizaba, porque en estas cuestiones, la ciencia, el estudio, el talento, son pura andrómina sino se cuenta con influencias, y él no las tenía. Su contrincante, un ignorante, era sobrino de un Director General, tenía conocimientos en la Cámara, era un coloso. Por eso trabajaba para completar sus estudios, pero también buscaba cuñas con que derrotar á su adversario.

¿A quién acudiría?

—¿No conoces á nadie, Sebastián?

Sebastián se acordó de un primo suyo, diputado

por Alentejo, un pez gordo de la mayoría. Si Julián quería, iría á hablarle. Además, tenía á su disposición un Consejero. Acacio.

—Un bestia, un ignorante,—dijo Julián.—¿Quién le hace caso á aquello? Tu primo, tu primo me parece bueno. Es necesario alguien que hable, que trabaje.

Iba á continuar explicando su tesis cuando Sebastián le interrumpió:

—Aquí viene ella.

—¿Quién, Luisa?

Pasaba Luisa en efecto, por fuera del paseo vestida de negro. Sólo respondió á la cortesía de los dos caballeros con una sonrisa y les hizo adiós con la mano, un poco cortada.

Y Sebastián inmóvil siguiéndola directamente con los ojos, exclamó:

—Si aquello no respira honestidad... Anda con Dios santa criatura, anda con Dios.





Iba á encontrar á Basilio en el *Paraiso* por primera vez y estaba muy nerviosa. No había podido dominar desde por la mañana un miedo indefinido que la hizo ponerse un velo espeso, á pesar de lo cual no se tranquilizó su temor de ser reconocida. El corazón la latió con violencia al encontrar á Sebastián, pero al mismo tiempo, una curiosidad entonces múltiple impelíala con un estremecimiento de placer. Iba por fin á ser la heroína de aquella aventura que tantas veces había leído en las novelas.

Era una nueva forma del amor que iba á experimentar sensaciones excepcionales. Recorrió todo: la cartita misteriosa, el secreto ilegítimo, todas las palpitations del peligro; la *casa* en sí la interesaba y la atraía más que Basilio. ¿Por qué sería aquello? Era cerca de los Arroyos, más allá del paseo de Santa Bárbara. Acordábase que había allí un montón de viejas casas.

Hubiese deseado que fuese en el campo, en una quinta con arboledas murmuradoras y selvas sombrías y solitarias. Entonces hubiesen paseado en un silencio poético y después, el son del agua que cae gota á gota de la piedra, hubiera dado un ritmo lánguido á sus frases amorosas. Pero era un piso terce-

ro, ¡quién sabe como estaría puesto! Recordaba una novela de Paul Feval en que el héroe, poeta y duque, forró de satén y terciopelo el interior de una choza para celebrar allí sus entrevistas amorosas. Los que pasaban, viendo aquella casucha arruinada, experimentaban un sentimiento de compasión hacia el que vivía allí; pero dentro, muy secretamente, las flores se abrían sobre vasos de Sévres y los pies desnudos pisaban tapices de los Gobelinos. Conocía el gusto de Basilio y le parecía que era poco más ó menos, como la choza de la novela. En el paseo de Camoens reparó que un sujeto en quien se había fijado antes, la seguía con una obstinación molesta; tomó un cupé y al bajar á Chiado experimentaba deliciosa sensación en ser así llevada rápidamente á los brazos de su amante y miraba con cierto desdén á los que pasaban acelerados en sus movimientos de la vida trivial cuando para ella aquella hora era tan poética. Todavía cuando ya estaba cerca, acometióle una timidez, una contracción de miedo, como un plebeyo que teme subir entre alabarderos, vistosamente uniformados, la escalera de un gran palacio. Imaginábase á Basilio esperándola, tendido en un diván de [seda, y casi temía que su simplicidad vergonzosa, poco experimentada, no encontrase palabras bastante finas. ¡El debía haber conocido mujeres tan hermosas, tan ricas, tan diestras en el amor! Deseaba llegar en un cupé forrado de seda y cuando llegase, exhalar de sus labios frases tan espirituales como las de un buen libro.

El carruaje se detuvo al pie de una casa amarillenta con una puertecita pequeña; á la entrada se advertía olor de humedad; la escalera de peldaños desgastados subía ásperamente entre dos paredes donde la cal caía y donde la humedad había pintado redondeles oscuros; en el descansillo una ventana



protegida por una cortina verde, muy sucia, daba luz al zaguán y detrás de la cortina, oíase el mover de una cuna y el llorar de una criatura. Pero Basilio bajó con un cigarro en la boca.

—¿Tan tarde? Sube. Creía que no venías. ¿Qué ha sucedido?

La escalera era tan estrecha que no podían subir juntos. Y Basilio caminó delante de ella.

—Estoy aquí hace una hora. Imaginé que te hubiera sucedido algo en la calle.

Abrió una puerta y la hizo entrar en un cuarto pequeño, forrado de papel con listas azules y blancas. Luisa vió en el fondo una cama de hierro con una colcha roja, llena de remiendos de telas diferentes y sábanas de lienzo tosco, de un blanco dudoso y mal lavado, con los embozos impúdicamente entreabiertos.

Púsose escarlata, sintióse avergonzada, sin palabras para saludar y sus ojos muy abiertos fijáronse en las sucias paredes, en las esteras carcomidas, destruidas por unos sitios y despintadas de su tinte por otros; en una litografía, donde una figura cubierta de una túnica azul flotante, desparramaba flores mientras volaba; sobre todo una gran fotografía por encima de un viejo canapé de paja, atrajo su mirada; era un retrato descolorido, del cual hubiera podido decirse que no se parecía á ningún sér de los que ha habido ni pueden venir al mundo.

—Ha sido todo lo que se ha podido arreglar—dijo Basilio; fué un acaso; es muy retirado y discreto, pero no es lujoso.

—No—dijo Luisa en voz baja.

Levantóse, fué á la ventana y levantó una punta de la cortinilla; enfrente vió un zapatero de cabeza calva batir la suela; á la entrada de una tienda, balanceábase un ramo de retama colgado de una cuer-

da; en una ventana una muchacha desgredada lavaba gravemente la cabeza de un niño pequeño que tenía una granulación repugnante entre el pelo.

Luisa se mordió los labios, se mostró entristecida. Entonces una mano tocó suavemente á la puerta. Se asustó, miró á Basilio, preguntándole qué era aquello.

Basilio fué á abrir; una voz dulce, meliflua, dijo:

—Estén tranquilos y fien en mí.

—Bien, bien—murmuró Basilio apresurado y cerrando la puerta.

—¿Quién es?

—La patrona.

El cielo empezaba á entenebrecerse y de cuando en cuando gruesas gotas de lluvia manchaban de negro el piso de la calle. Un tono crepuscular hacía el cuarto más melancólico.

—¿Cómo has descubierto esto?—preguntó Luisa tristemente.

—Me lo ha buscado... un amigo.

¡Cómo! ¿Otra gente había estado allí, había amado allí?—pensó ella—y aquella cama le parecía repugnante.

—Quítate el sombrero—dijo Basilio casi impaciente.—Me estás afligiendo con ese sombrero puesto.

Ella soltó de repente el elástico que le prendía y se fué al canapé de paja desconsolada. Basilio la tomó las manos, atrayéndola hacia sí y sentándola en el lecho.

—¡Estás tan linda!

Besóla en el cuello, recostó su cabeza sobre el pecho de Luisa y con una voz emocionadísima exclamó:

—¡Lo que he soñado contigo esta noche!

Pero de repente una fuerte ráfaga de lluvia azotó



los cristales. Inmediatamente llamaron á la puerta con insistencia.

—¿Quién es? —gritó Basilio enfurecido.

La voz llena de eses, dijo que se había olvidado un cobertor en la barandilla, donde la había puesto á secar.

—Yo se lo pagaré si se mancha.

—Dale el cobertor. Que le lleve al diablo.

Luisa sintió un estremecimiento de frío en la cama, y en el alma un profundo disgusto, porque todas aquellas circunstancias le hacían sufrir el desencanto de un sueño.

Así el *yate* aparejado noblemente para un romanesco viaje, vá á encallar al partir en los lodazales del río bajo, y al contra maestre aventurero, que sofiaba con las esencias y los perfumes de las florestas aromáticas, vésele permanecer inmóvil sobre cubierta teniendo que taparse la nariz para no aspirar los efluvios palúdicos que rodean el barco.

Apenas comenzó Luisa á salir todos los días, Juliana pensó:

—Bueno: ahora estoy segura de que cuando sale vá á verse con ese señor.

Y se hizo más servil. Con sonrisa de bajeza en los labios, corría á abrir la puerta, alborozada, cuando Luisa volvía á las cinco. Y ¡qué celo! ¡qué exactitud! Un botón que faltase, una cuenta que se extraviara, eran *Mil perdones, señora mía; perdone por esta vez* y mil lamentaciones humildes. Interesábase por la salud de ella, por su ropa, por lo que debía comer. Desde que habían empezado los viajes al *Paraiso*, su trabajo había aumentado. Todos los días tenía que planchar; muchas veces era preciso enjabonar á media noche, medias, puños, hasta las once y aun más tarde. A las seis de la mañana ya estaba con la plancha á vueltas sin quejarse antes bien, decía á Juana:

Es un regalo ver á la señora tan elegante. ¿Lo puede usted creer? hasta me da gusto. Además, gracias á Dios, ahora tengo salud y el trabajo no me ha asustado nunca.



No murmuraba del ama. Afirmaba á veces repetidamente:

—La señora es una santa. No he visto ninguna mejor.

Su rostro perdió algo del tono bilioso y de la contracción amarga.

Al comer, ó por la noche cosiendo, cerca de Juana, á la luz de petróleo, veníanle sonrisas súbitas y su mirada se iluminaba con dilatación genial.

—La señora Juliana tiene aire de pensar en cosas buenas.

—La procesión va por dentro—respondía satisfecha.

Pareció perder su carácter atrabiliario, hasta llegar á hablar del despegue de un vestido de seda que había estrenado cierto domingo de Septiembre la Gertrudis del doctor. Apenas murmuró:

—También llegará día en que pueda yo estrenar vestidos y buenos; vestidos de modista.

Y por palabras semejantes revelaba su esperanza próxima.

Juana llegó á decirle un día:

—Pero, señora Juliana, ¿espera usted alguna herencia?

—Tal vez—respondió secamente.

Y cada día, sin embargo, detestaba más y más á Luisa: cuando por la mañana la veía componerse, perfumarse, mirarse en el tocador, canturreando en su cuarto, salía de él, porque la acometían arrebatos de odio y temía no poder contenerse. Odiábala por las *toilettes*, por su ropa blanca, por el hombre que iba á ver, por todos sus regalos. ¡Miserable! Cuando salía iba á contemplarla, la veía subir la calle y permaneciendo detrás de la vidriera, exclamaba:

—Diviértete, piorrinha, que mi día llegará seguramente.

Luisa, en efecto, se divertía. Salía todos los días á las dos. Apenas doblaba la esquina, el conciliábulo de la calle se juntaba para juzgar. Teníase allí por cierto que iba á verse con un caballero. ¿Dónde sería? Esto era el tema.

—En un hotel—decía Paula.

—Sí, en los hoteles hay mucho escándalo. O tal vez en un casuco repugnante.

La estanquera se indignaba.

—¡Una señora antes tan virtuosa!

—Vaca suelta, bien se lame, señora Elena;—murmuraba Paula.—Todas son lo mismo.

—No todas,—protestaba la estanquera;—que yo siempre he sido honrada.

—Y de mí nadie ha tenido nada que decir—agregó la carbonera.

—Hablo de la alta sociedad, de las señoras, de las que arrastran sedas, es una clase perdida. Yo bien sé por qué lo digo.—Y añadió con gravedad:—En el pueblo hay más moralidad: el pueblo es otra raza.

Y con las manos en los bolsillos, con las piernas muy abiertas, permanecía absorto, con la cabeza baja y el mirar clavado en el suelo.





Sebastián, que había estado en la quinta de Almada casi dos semanas, quedó aterrado cuando al volver, Juana le dijo que había grandes novedades; que Luisita salía todos los días á las dos y que el primo no había vuelto á casa. Gertrudis le había dicho que esto era en la calle motivo á los comentarios de todos.

—¡Entonces, una pobre señora no puede ir siquiera á las tiendas, á sus quehaceres! —exclamó Sebastián.—Gertrudis es una desvergonzada y no sé cómo usted consiente que ponga aquí los pies, con infamias y calumnias.

—No, no eres justo;—replicó escandalizada la tía Juana.—Realmente la pobre mujer dice que lo oyó en la calle, que la ha defendido tenazmente, pero se dice en la calle y se repite por todo el mundo, y cuando lo dicen...

Sebastián, recobrando su serenidad ordinaria, replicó:

—¿Pero, quién lo dice, tía Juana?

—¿Quién? Toda la calle, toda la calle;—contestó muy enfáticamente.

Sebastián quedó aniquilado. Tal vez fuese cierto.

Verdaderamente ella salía todos los días y cuando estaba Jorge apenas salía de casa. La vecindad que murmuró de las visitas del *otro*, comenzaba á comentar las salidas de ella. Esto era desacreditarse. Y él no podía hacer nada. Ir á advertirla ¿para qué? ¿Para tener otra escena como la anterior? No podía ser. Procuró verla; no quería, ciertamente, tocar en nada este asunto, solamente verla. No estaba. Volvió á los dos días; Juliana le dijo en la cancela, con su sonrisa dulzona:

—Ahora se ha ido, hace un momento, hacia la Patriarcal.

Por fin, un día la halló al comienzo de la calle de San Roque.

Luisa parecía muy contenta de verle.

—¿Por qué ha estado tanto tiempo en Almada? ¿Qué deserción!

El dijo que tenía carpinteros allí; que era necesario vigilar las obras y que venía un poco aburrido también.

—Jorge dice que aun se detendrá. No tengo ya paciencia bastante. Sin Julián, sin el Consejero, sin nadie. Doña Felicidad es la que ha ido allá algunas veces y eso, de prisa. Siempre está metida en la Encarnación. Esta gente devota...

Y soltó una carcajada.

—¿Dónde iba entonces?

—A unas compras poco importantes; á la modista después.

—Sebastián, vaya por casa.

—He de ir.

—Por la noche estoy sola. He tocado mucho. ¡Y si viera lo que me vale el piano!

En la misma tarde Sebastián recibió carta de Jorge. “¿Has visto á Luisa?,” Estuvo con cuidado porque durante cinco días no le escribió ella. “Por lo demás,



siempre se manifiesta muy ocupada y escribe solamente cuatro líneas, porque el correo va á partir. Ve á decir al correo que espere ¡qué demonio! Se queja de que se aburre, de que está sola, de que todos la han abandonado, de que vive en un desierto. Ve á hacerle compañía, etc., etc.,

Al anochecer del día siguiente, fué Sebastián á casa de Luisa. Apareció muy encarnada, con los ojos llorosos, vestida de blanco.

Había llegado muy cansada de la sesión; habíale dado sueño después de comer y se había dormido sobre el confidente. Y ¿qué había de nuevo? Hablaron de las obras de Almada, del Consejero, de Julián y después permanecieron callados. Había algo que retenía las palabras.

Luisa encendió las velas del piano, mostróle la nueva música que estudiaba, la *Medje* de Gounod; pero había una frase en que se enredaba siempre. Pidió á Sebastián que la tocara, y al lado del piano, llevando el compás con el pie, acompañó, bajo, la melodía, á la que la ejecución esmerada de Sebastián daba mayor encanto. Quiso intentar después, pero volvió á enredarse y se fué á sentar al sofá, diciendo:

—Casi nunca toco; empiezan á entorpecérseme los dedos.

Sebastián no se atrevió á preguntarle por su primo Basilio.

Luisa no pronunció siquiera este nombre, y Sebastián, viendo en aquella reserva una disminución de la confianza, ó un resto de despecho persistente, pretextó que tenía que ir á la Sociedad de Agricultura. Se separó desconsolado. Cada día de los siguientes, trájole inquietudes nuevas. A veces era la tía Juana que le decía por la tarde:

—Luisita ha salido <sup>de</sup> otra vez. Con este calor eso es peligroso para la salud.

Otras veces era el conciliábulo de vecinos que él veía desde lejos reunidos y que estaban de seguro sacándole tiras de piel á la pobre criatura. Parecía-le aquello exactamente el aria de la calumnia de *El Barbero de Sevilla*. La calumnia, al principio leve como un vientecillo, sigue en un crescendo aterrador hasta estallar el trueno. Daba vueltas para no pasar por aquella calle, delante de Paula y de la estanquera. Tenía vergüenza de todos. Encontró á Teixeira Acevedo, que le preguntó:

—¿Aun no ha venido Jorge? ¡Qué demonio! ¿Se va á quedar por allá?

Aquella observación trivial le aterró.

Por fin un día fué á buscar á Julián. Lo encontró en su cuarto, en chinelas, despeinado, teniendo al lado una cafetera. El suelo estaba lleno de puntas de cigarro. Sobre una cama deshecha había libros abiertos y en todas partes señales de un gran desorden.

Julián, apenas entró, irguióse. Se desperezó, lió un cigarro y dijo que estaba trabajando desde las siete, ¡Eh! Era bonito tanto trabajar. ¡Para que lo resistiese el señor Sebastián!

—Por lo demás, llegaste á propósito. Estaba para mandar recado á tu casa. Debía recibir dinero y no viene. Dame una libra.

Y comenzó á hablar de su tesis. La cosa le iba saliendo bien. Leyóle párrafos del prólogo con una delectación fraternal: y muy satisfecho en la abundancia de confianza que da la excitación, dando rápidos paseos por el cuarto, decía:

—He de demostrarles que aun hay portugueses en Portugal. Los voy á dejar con la boca abierta, ya verás, Sebastián.



Sentóse, púsose á numerar las cuartillas escritas. Sebastián entonces, con timidez, sintiendo perturbarle aquellos altos intereses científicos, dijo:

—Pues yo venía á hablarte de una cosa de nuestra gente...

Pero la puerta abrióse con fuerza, y un muchacho de barba mal afeitada y ojos blandos, entró. Era estudiante y amigo de Julián. Casi inmediatamente los dos reanudaron una discusión que habían trabado por la mañana y que fué interrumpida á las once, cuando el muchacho de los ojos tiernos tuvo que ir á almorzar á Aurea.

—No, chico, no—decía el estudiante exaltado—estoy en mis trece. La medicina es una ciencia á medias; la fisiología es otra ciencia á medias: son ciencias conjeturales, porque se nos escapa la base, que es conocer el principio de la vida.

Y cruzando los brazos delante de Sebastián:

—¿Qué sabemos del principio de la vida?

Sebastián, humillado, bajó los ojos, pero Julián se indignaba.

—Estás desmoralizado por la doctrina vitalista, miserable. Una teoría, que pretende que las leyes que gobiernan á los cuerpos brutos, no son las mismas que gobiernan á los cuerpos vivos, es una herejía hidrostática, y Bichat, que la proclama, un bestia.

Y el estudiante, fuera de sí, berreó. Que llamaran á Bichat un bestia, era un verdadero disparate. Pero Julián despreció la injuria y continuó exaltado en sus ideas:

—¿Qué nos importa á nosotros el principio de la vida? Me importa tanto como la primera camisa que vestí. El principio de la vida es como otro cualquier principio: un secreto que hemos de ignorar eternamente. No podemos saber ningún principio. La vida, la muerte, los orígenes, los fines, misterios, son cau-

sas primarias con que no tenemos nada que hacer, nada. Podemos batallar todos los siglos, que no adelantaremos una pulgada. El fisiólogo, el químico, no tienen nada que ver con los principios de las cosas, lo que les importa son los fenómenos. Ahora bien, los fenómenos y sus causas inmediatas, mi caro amigo, pueden ser determinadas con tanto rigor en los cuerpos brutos como en los cuerpos vivos, en una piedra, como en un hombre. Que la fisiología y la medicina son ciencias tan exactas como la química, esto ya viene desde Descartes.

Entonces trabaron una nueva batalla incidental sobre Descartes, é inmediatamente, sin que Sebastián, atónito, hubiese advertido, la transición, se encarnizaron en la idea de Dios. El estudiante parecía necesitar á Dios para explicarse el universo, pero Julián atacaba á Dios con cólera. Le llamaba una hipótesis añeja, una vieja cantata del partido miguelista. Y comenzaron á atacarse sobre la cuestión social como dos gallos de pelea. El estudiante, con los ojos inyentados, sostenía, dando puñetazos sobre la mesa, el principio de autoridad. Julián gritaba en defensa de la anarquía individual, y después de citar con furia á Proudhon, Bastiat, Fouffron, descendían al terreno de las personalidades. Julián que dominaba al otro por la estridencia de su voz, reparó violentamente al estudiante sus inscripciones del 6 por 100, el ridículo de ser hijo de una persona modesta que tenía aspiraciones aristocráticas... Entonces se dirigieron miradas de desprecio y de odio, y poco después, el estudiante dejó caer con desdén algunas palabras sobre Claudio Bernard, volviendo á recrudecerse la cuestión.

Sebastián cogió el sombrero.

—Adiós—exclamó en voz baja.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



—Adiós, Sebastián, adiós—dijo prontamente Julián.

Le acompañó hasta el descansillo de la escalera.

—¡Ah! ¿Cuándo consideras que yo hable a mi primo?—murmuró Sebastián.

—Pues sí, veremos. Yo pensaré—dijo Julián con indiferencia, como si el orgullo del trabajo le hubiese impedido pensar en lo que le decía.

Sebastián, bajando la escalera, pensó que no se le podía hablar de nada, mas de pronto se le ocurrió una idea.—¡Si fuese a hablar con doña Felicidad! Era un poco tonta, pero era al cabo mujer de edad y amiga íntima de Luisa; tenía más autoridad, más habilidad también para hablarla. Decidido, tomó un coche y fué a la calle de San Benito.

La criada de doña Felicidad apareció desolada y lacrimosa.

—¿Pero no sabe usted lo que pasa?

—No.

—¡Ay! ¡Parece imposible!

—¿Pues qué ha ocurrido?

—La señora... una desgracia así... se la torció un pie en la Encarnación. Ha estado muy mala, muy mala. Aquí, en la Encarnación, no podía subir. Estaba con la señora doña Ana Silveira. ¡Una desgracia semejante! ¡Y está tan molesta!

—¿Y cuándo fué?

—Anteayer por la noche.

Sebastián saltó al coche, mandó correr a casa de Luisa. Y doña Felicidad estaba enferma en la Encarnación. Pues entonces Luisa podía salir todos los días; iría a verla seguramente, a hacerla compañía, a hablar con ella. La vecindad, murmurando impíamente, cuando la pobre señora iba a ver a una enferma. Eran las dos, cuando el co-

che se detuvo a la puerta de Luisa. Sebastián encontró a ésta, que bajaba vestida de negro, con un velo que adornaba su rostro.

—¡Ah! ¡Suba usted, Sebastián! ¿Quiere usted subir?

—No, muchas gracias. Venía a decirle... ¿no sabe usted que doña Felicidad...?

—¿Qué?

—Se ha torcido un pie; está muy mala.

—¿Qué me dice, Sebastián!

Sebastián dió los pormenores.

—Debía usted ir.

—Voy allá.

—Yo no puedo ir, porque no permiten entrar hombres en la Encarnación. ¡Desventurada! Dicen que está muy mala.

Fué hasta la esquina de la calle. Y muchos recados. Díjola que sentía no poderla ver. ¡Pobre señora!

Dirigióse hacia la Patriarcal. Estaban santificados aquellos paseos de todos los días. Iba a ser la enfermera de la pobre doña Felicidad. Era necesario que todos lo supiesen: Paula, la estanquera, Gertrudis, los Acevedos, todos; de modo que cuando la viesen salir dijeran:

—Va a hacer compañía a la enferma. ¡Pobre señora!

Paula estaba a la puerta de su tienda y Sebastián, con una idea súbita, se sintió maravillado de encontrarse tan hábil. Echó un poco hacia atrás el sombrero, y señalando con el paraguas el cuadro que representaba a Juan VI:

—¿Cuánto quiere usted por éste, señor Paula? Paula quedó sorprendido.

—El señor Sebastián tiene gana de broma.

Sebastián exclamó:

—¡No! Hablo en serio. Quería algunos cuadros



para el vestíbulo en Aimada, pero viejos sin brillo, que dijeran bien sobre aquel papel obscuro.

Disculpe, señor Sebastián.

—Este Juan VI me agrada. ¿Cuánto cuesta?

Paula, dijo sin dudar:

—Dos mil setecientos; pero es obra de maestro.

Era una tela que tenía facciones de rostro abermellado, con cabellera en tirabuzones que sobresalía vagamente sobre el fondo sombrío; un bermellón pálido indicaba el velludo de una casaca de corte, y el vientre, saliente y ostentoso, henchía un colete descolorido. La parte más conservada de la tela era el lado en que estaba representado un cojín con una corona real, que el artista trabajó con minuciosidad entusiasta, ó por preocupación de idiota ó por adulación de cortesano. Sebastián lo encontraba caro; pero Paula mostró el precio escrito por detrás en una tirita de papel. Explicó el mérito de la tela, indicó sus bellezas, habló de su honradez de comerciante, deprimió á otros bandoleros que tenían la conciencia en los talones; manifestó que el retrato había pertenecido á la casa de Queluz y que él lo había comprado en subasta pública. Sebastián, dijo:

—Pues bien mándemele á casa y envíe la cuenta.

—Lleva una obra rica.

Sebastián miraba en derredor. Quería hablar del pié torcido de doña Felicidad y procuraba una transición. Examinó unas jarras de Indias, un tíbor y viendo una polaquina de enfermo:

—Esta sí que era buena para doña Felicidad— exclamó—buena y comodísima butaca.

Paula abrió mucho los ojos.

—¡Para doña Felicidad Moronhal—replicó Sebastián.—Para estar echada. ¿Pero no sabe usted, hombre, que se ha roto un pié y que ha estado y está muy mala?

—¿Doña Felicidad, la amiga de aquí? E indicó con el pulgar la casa del ingeniero.

—Sí, hombre, sí. Se dislocó un pié en la Encarnación y allí tuvo que quedarse de noche. Luisa va á hacerle compañía todos los días. Ahora ha ido hacia allá.

—¡Ah!—dijo Paula lentamente y después de una pausa.—Pues yo aún no hace ocho días que la he visto entrar aquí.

—Fué anteayer.

Tosió y añadió mirando con gran atención unos grabados:

—Por lo demás, doña Luisa iba todos los días á la Encarnación á ver á doña Ana Silveira que estuvo mala. La pobre lleva tres semanas con una vida de enfermera. No sale de la Encarnación y ahora, para remate de fiesta, doña Felicidad.

—Pues no sabía nada, absolutamente nada—murmuraba Paula con las manos en los bolsillos.

—Mándeme á caso este Juan VI.

—A sus órdenes, señor Sebastián.

Sebastián fué á su casa. Subió á la sala y echando el sombrero sobre el sofá:

—Bien—pensó.—Ahora al menos están salvadas las apariencias. Paseó un rato con la cabeza baja meditando, triste; haber conseguido por un acaso justificar aquellos paseos para con la vecindad, háciale más cruel la idea de no poderlos justificar consigo mismo. Los comentarios de los vecinos habían sido sin fundamento durante algún tiempo; pero ¿y los suyos? Quería hallarlos falsos, pueriles, injustos. Y contra su voluntad, su buen sentido y rectitud, estaba siempre enredándose. En fin, había hecho lo que había debido. Y con un gesto triste, hablando solo en el silencio de la sala, exclamó:

—Lo demás va con su conciencia.



Aquella misma tarde en la calle, sabíase ya que doña Felicidad se había torcido un pie en la Encarnación, otros decían que se había quebrado una pierna y que doña Luisa no salía de la cabecera. Y Paula declaraba con autoridad:

—Es muy buena muchacha, muy buena muchacha.

Gertrudis, la del doctor, fué por la noche á preguntar á la tía Juana, si era verdad lo de la pierna quebrada. La tía Juana enmendó: era un pié torcido, nada más. Gertrudis fué á decírselo al doctor, añadiendo que había ocurrido el lance en la Encarnación, donde estaba la enferma. En la calle todos la elogiaban. De allí á algunos días Teixeira de Acevedo que apenas saludaba á Luisa, habiéndola encontrado en la calle de San Roque, con una cortesía profunda la dijo:

—Disculpe señora. ¿Cómo va su enferma?

—Mejor, muchas gracias.

—Pues realmente, señora, es una gran caridad la que usted hace al ir todos los días á la Encarnación.

Luisa exclamó:

—No le falta compañía.

—Y de mucha caridad, señora—exclamó con énfasis Acevedo.—Lo he dicho por todas partes, es mucha caridad la de usted. A los piés de usted.

Y marchó conmovido.



Luisa fué luego, cen efecto á ver á doña Felicidad. Tenía una luxación simple, y acostada en el cuarto de Silveira, con compresas de árnica, creía aterrorizada que perdería la pierna, y pasaba el día rodeada de amigas, llorando, saboreando albérchigos de *Recolimento* y mordisqueando acerolas. Apenas alguien entraba á verla, redoblaba las exclamaciones y quejas; venía luego la historia, menuda, accidentada y prolija de la desgracia.

Poco á poco sentía que decaía y se apoyaba para poder decir: "¡Ay, Nuestra Señora de la Salud! Esto ha sido un milagro. Podía haber muerto!

Todas las señoras convenían en que era un milagro; callaban compungidas é iban alternativamente á postrarse y pedir á los Santos celestiales, el alivio de Noronha.

La primera visita de Luisa fué muy grata para doña Felicidad porque se quejaba de estar en aquella cama, sin saber noticias, ni poder hablar de *el*. En los siguientes días apenas entraba en su cuarto Luisa, llamábala aparte á la cabecera del lecho y decía con murmullo misterioso:

—¿Le has visto? ¿Se sabe de *el*?



Su aflicción era que el Consejero no supiese que estaba mala y que no pudiera dedicarla aquellos pensamientos compasivos á que su pie tenía derecho y que serían un consuelo para su corazón, pero Luisa no lo había visto y doña Felicidad, volviendo á echarse, exhalaba agudos suspiros.

A las dos salía Luisa de la Encarnación é iba á tomar un carruaje en Rocío hasta la puerta del *Paraiso*. Apeábase en la calle de Santa Bárbara y haciéndose la menuda, pegada á las casas, apresurábase, con los ojos bajos y una vaga sonrisa de placer.

Basilio esperaba en mangas de camisa, y para no fastidiarse había traído al *Paraiso* una botella de cognac, azúcar y limones y con la puerta entreabierta, fumaba, haciendo grocs fríos.

Pasaba el tiempo, veía pasar las horas y sin querer iba escuchando y tomando nota de todos los ruidos íntimos de la familia de la propietaria, que vivía en los cuartos interiores... De vez en cuando la voz acatarrada de una criada que cantaba y de repente el ladrido furioso de una perrita. Basilio encontraba aquello cursi y se impacientaba, pero un *fru fru* de vestido sonaba en la escalera y las dudas de él, como los celos de ella, desechábanse desde luego al calor de los primeros besos.

Luisa llegaba con prisa; quería estar en su casa á las cinco, porque ¡era tan tarde! Entraba un poco sudada y Basilio gustaba de la transpiración que exhalaban sus hombros desnudos y tan bien marcados. Preguntaba él:

—¿Cuándo viene?

—No nos hace falta,—respondía Luisa—ni he recibido carta ni sé nada.

Parecía ser aquello una preocupación de Basilio dentro de la egoísta alegría de la posesión reciente.

La prodigaba caricias extáticas, arrodillábase á los pies de ella y decía con anfiada voz:

—Lilí no quiere á Bibí.

Ella reía medio enfadada con risa alegre y franca.

Lilí adora á Bibí. Quería saber si pensaba en ella y lo que había hecho la víspera.

Pues fui al casino, jugó al *rrobbers*, vino enseguida á casa y soñó con ella.

—Vivo por tí, amor mío, créeme.

Y colocaba la cabeza de ella en el pecho de él, como bajo una felicidad excesiva.

Otras veces, más en serio, la daba ciertos consejos de gusto en la *toitette*. Pedíala que no llevase postizos en el cabello y que no llevase botinas de elásticos.

Luisa admirábase de su experiencia en estas cosas, le obedecía, se amoldaba á sus ideas y afectaba para acomodarse á su gusto un desden por la gente virtuosa, para imitar así sus opiniones libertinas. Así, lentamente y viendo aquella docilidad, Basilio no se entregaba á la molestia de disimular; usaba de ella ¡cómo si la pagase!

Aconteció una mañana, escribirla dos palabras con lápiz, diciéndola que no iría al *Paraiso*, sin otras explicaciones. En otra ocasión no fué, sin avisarla y Luisa halló la puerta cerrada; llamó tímidamente, escuchó por la cerradura, esperó palpitante y se volvió muy desconsolada, quebrantada por el calor y con lágrimas en los ojos. No aceptaba la menor incomodidad ni para causarle una alegría. Luisa habíale pedido que fuese de vez en cuando á su casa á pasar la noche; irían Sebastián, el Consejero y doña Felicidad cuando estuviese mejor.

Era una alegría para ella y además daba á sus